

ANTONIO ITURBE

LA TENIENTE FARAH

EL JARDÍN DE LAS MENTIRAS



edebé

LA TENIENTE
FARAH

EL JARDÍN DE LAS MENTIRAS

**LA TENIENTE
FARAH**

EL JARDÍN DE LAS MENTIRAS

ANTONIO ITURBE

edebé

© Antonio Iturbe, 2022

© de la edición: Edebé, 2022
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebé.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Diseño: Book & Look

1.ª edición, junio 2022

ISBN: 978-84-683-5646-4
Depósito legal: B. 295-2022
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



CAPÍTULO 1

Se abre silenciosamente el enorme portón del hangar y entra una brisa roja muy seca que mete en el tuétano de los huesos una fría neblina anaranjada. Farah encoge los ojos con hastío. Le parece que el día nace oxidado, que lo nuevo nace viejo. Solo tenía diez años entonces, pero no ha olvidado que los amaneceres en la casa de sus padres, al sur de la región Europa, tenían otra luminosidad más ardiente. El cielo era más azul, y la vida, más intensa. Podías cerrar los ojos y dejarte acariciar por ese sol blanco sin que la radiación ultravioleta te hiciera brotar un cáncer brutal que te arrasara por dentro. De eso hace muchos años, cuando todavía no habían tenido que emigrar a Marte.

Un robot-policía AR llega girando sobre sus seis ruedas y Farah agita la cabeza con fastidio. En los tiempos de la levitación magnética, esas ruedas gordas le parecen patéticas, igual que ese cuello metálico larguirucho con forma de tubo blando y los ojos enormes de cristal de cámara anticuada.

—Luz, teniente Farah GJW3489. Soy el sargento AR 4669TJU.

Mira de manera hostil al agente robótico, aunque sabe que no es culpa suya que el gobierno de pragmáticos puritanos tecnológicos los diseñara con ojos de culo de vaso y la estética retro de los primeros Rovers que se enviaron a Mar-

te hace más de cien años. Su voz es agradable, los *software* de locución son perfectos, pero tiene ese tono de neutralidad, incluso de bondad, que la saca de quicio, tal vez porque hace que sean tan poco humanos.

—Teniente, la orden TR-45-B dictamina que será el sargento AR 4669TJU aquí presente el encargado de dirigir la misión de operaciones especiales en Mercurio con número de expediente...

Ya conoce la orden. Farah desconecta de la jerga burocrática del sargento robot y se habla a sí misma, una conversación de hija única, de huérfana de padres, de chica solitaria que se acostumbró desde pequeña a que su mejor amiga fuera ella. No va a discutirle a nadie que estos agentes robóticos no padecen estrés, no conocen el miedo, no se drogan, tienen millones de datos en su cerebro informático... Y sin embargo, agita la cabeza con escepticismo. Demasiado perfectos para que su cerebro electrónico entienda lo patéticamente imperfectas que podemos llegar a ser las personas.

El AR ha terminado su perorata burocrática: un doble asesinato, con el criminal, policía hasta hace pocas horas, atrincherado con un rehén. Un policía al que ella conoce más de lo que quisiera.

—Nuevas órdenes, sargento AR.

El robot la enfoca con sus ojos de cristal.

—Tomo el mando de la misión.

El AR tiene un mandato del Consejo de Seguridad de ejecutar un plan, pero una superior jerárquica le dice que el plan es otro. Su procesador trabaja a gran velocidad y se le dispara el ventilador. A Farah se le escapa una sonrisa sarcástica: los robots también sudan.

—Teniente, el protocolo para esta orden...

—Olvídate. Mi segundo nombre es Improvisación.

—Lo anotaré en su ficha personal de mi base de datos, teniente.

Farah agita la cabeza. ¡Cómo van a ser policías, si no tienen ni una puñetera pizca de sentido del humor!

—Sargento, avisa al equipo para que suba inmediatamente abordo.

El AR duda un momento, o procesa; para el caso es lo mismo.

—¡Estamos en una emergencia 2-4! ¡Mueve el disco duro!

El *software* le permite saber por los decibelios y la vibración de la voz cuándo le están hablando en un modo imperativo y con carga emocional negativa, susceptible de derivar en una crisis que los humanos tipifican como «bronca», así que gira en redondo y lanza el mensaje a las pulseras del grupo.

En el hangar están a diez bajo cero. Farah está helada dentro de la cazadora de cuero sintético que le costó varias semanas de salario de datos, comprada en Clasitech, una web que sirve los pedidos desde la segunda ciudad de Marte, Muskville. No le gusta la ropa autoclimática, prefiere sudar cuando hace calor y temblar cuando hace frío para sentirse viva. No se considera en absoluto una de esos esnobs tecnosostenibles que van de sobrados con su ambientalismo de salón, aunque tal vez sea más esnob de lo que quiere creer. Hace una mueca al pensar que ningún idiota se considera un idiota.

Sus agentes ya tienen el armamento y la miran temblar mientras sincronizan el *software* de sus pulseras, confortablemente calientes en su uniforme climatizado. Piensa que deben de creer que está loca; tal vez lo esté. Ser la teniente

más joven de todo el Sistema Solar siempre causa reacciones: curiosidad, desdén, desconfianza. Nadie le ha regalado nada. Fue la primera de su promoción y superó en todos los exámenes y pruebas a mujeres, hombres y *trans*, muchos con décadas de experiencia en la propia policía. Los algoritmos tienen menos prejuicios que las personas, eso ha de reconocerlo.

Tiene una vibración en la pulsera del secretario del Consejo. Ahora no hay tiempo para la política.

—¡Vamos, vamos, vamos!

Suben la pasarela y la nave despega a toda potencia hacia Mercurio. La base Sur de la policía de Nueva Tokio es ya un punto de luz en mitad de ninguna parte y su pulso vuelve a vibrar enloquecido. Es la quinta llamada del Centro Planetario en tres minutos y se ilumina con código de máxima prioridad el icono de Bror, el secretario general de Seguridad que coordina los grupos de operaciones de la policía del Sistema Solar. Le parece un buen administrador de modelos operativos y, como todos los funcionarios de alto rango, es un superdotado con un coeficiente intelectual por encima de 135, con setenta y nueve titulaciones en las mejores universidades de internet. ¡Incluso está bueno! Aunque enseguida espanta la idea de la cabeza: le falta misterio, para su gusto.

Gira la muñeca para aceptar la videollamada holográfica y la proyección a tamaño natural la pone enfrente de un Bror virtual, impecablemente vestido con uno de esos hábitos domóticos que cambian de color a voluntad, de moda entre los ciudadanos de alto estatus que quieren sentirse progresistas. Unos ropajes con ese aire vagamente místico de lo pretecnológico, pero que bajo la aparente túnica de

monje medieval llevan un aparataje de regulación térmica y escudos de radiación de primerísimo nivel.

—Teniente. —Su voz suena tensa, pero sin ira. Bror es un puritano puro, no cree en la ira—. La normativa 101-T indica claramente que no se puede cambiar el protocolo sin consultar.

—He consultado.

—¿Has consultado?

—Sí, conmigo misma.

Bror mueve una ceja hacia arriba; esa es una indicación de máxima contrariedad.

—Eso no puede hacerse.

—Pues lo he hecho.

—Tu tono es desafiante, no es *friendly*.

—No me pagan esta birria de salario por ser *friendly*.

—¿Pero por qué estamos discutiendo antes de empezar a hablar?

—No sé, Bror. Discutes tú solo. Estamos en una alerta 2-4 y te vas por las ramas.

—No tenías por qué ir con el equipo de intervención a Mercurio-8.

—Pero estoy yendo.

—Ya no eres una patrullera. Has ascendido a teniente y coordinadora de emergencias. Debes dirigir el operativo policial desde la base.

—¿Crees que no conozco el dichoso protocolo? Saqué un diez en el examen de modelos operativos.

—El protocolo marca que una misión 2-4 la manda un sargento AR.

—El protocolo no sabe que el que está atrincherado con armamento en una zona explosiva es un policía que tiene un

rehén de dieciocho años con una pistola apuntándole al cerebro. Voy a supervisar personalmente la operación.

—Al frente de la operación hay un sargento AR. Esa es la orden expedida para este incidente J5H786/4.

—¿Pero cómo vas a mandar al frente de una misión tan delicada a una máquina?

—Teniente, no puedo tolerarte expresiones de odio tecnológico. Los AR de alta jerarquía tienen un *software* que les habilita un coeficiente de inteligencia 500. Cinco veces por encima de cualquiera de nosotros.

—¡Maldita sea, Bror! ¡Es un robot! ¡Cuando va a mear, echa aceite! No sabe nada sobre el dolor.

—Tus ideas supremacistas sobre el género *ciber* son muy negativas. Ya sabes que se te ha abierto expediente en tres ocasiones por estos motivos, además de otros.

Ella resopla y echa a su holograma un montón de aliento. Al secretario del Consejo no le llegan sus bacterias, pero sí su rabia.

—Maldita sea, Bror —repite—. Allá arriba hay dos civiles muertos, otro con un arma en la cabeza y un policía fuera de control.

—Por eso ha de ir el ente con mejor coeficiente.

—¿Me estás llamando estúpida?

—Nunca lo haría. Eso iría contra la normativa.

—Bror, soy la coordinadora de emergencias y esto lo voy a hacer a mi manera.

—¡Farah! Podría inhabilitar tu cédula de mando inmediatamente.

—Pero también podrías no hacerlo.

Por primera vez Farah ve dudar a Bror y, aunque por fuera ella se mantiene impasible, por dentro sonrío: «Buen chico, buen puritano».

Ve en la pantalla cómo el secretario de Seguridad de la Unión se queda un momento en silencio. Se echa el pelo muy negro hacia atrás. Ya pasa de los treinta años, pero no se ha hecho injertos genéticos para corregir las facciones del rostro y esa imperfección de sus rasgos le da personalidad. Si no fuera tan funcionario y tan aburrido, podría ser un hombre atractivo.

—Teniente...

—¿He dejado de ser Farah?

—Te hablo de manera oficial, teniente. Te autorizo a ir a la misión, pero como observadora. El sargento AR 6743B tiene un plan aprobado hace menos de dieciséis minutos por el Consejo de Seguridad Nacional con la referencia ST-246/TY3. Ese es el plan que ejecutaremos en Mercurio para neutralizar al agente TRV458398 en rebeldía, que responde al nombre básico de Bosco.

—Bosco...

—Te estoy transfiriendo todos los datos del incidente.

—Deséame suerte, Bror.

—Ya sabes que la Administración democrática de Marte es *cientifista*, la suerte es una superstición. Aplica los protocolos y todo sucederá como está previsto. Te deseo luz, teniente.

—Luz, Bror. Luz.

